

Problemática Social de los Países

Subdesarrollados

El comunismo cifra sus esperanzas hoy día sobre tres continentes: Asia, Africa y la América Latina. Es éste un hecho archisabido. Ya es menos conocido el que los comunistas acechan a nuestro continente como el más prometedor.

La ofensiva actual de la propaganda comunista sobre nosotros ha producido una reacción netamente política. Es natural, casi inevitable, pero nos hace olvidar la perspectiva social. El marxismo-leninismo es una doctrina política colosalmente revolucionaria, una radical subversión de todos los valores históricos, una nueva concepción de la vida profundamente anticristiana; en una palabra, la herejía occidental, en expresión de Toynbee. Hay, pues, que tomar medidas de profilaxia política para desenmascarar y contener la tragedia que implica la implantación del comunismo. Este encuentra en el mundo occidental dos puntos de apoyo: la irreligión y la miseria. Empecemos por reconocerlo con lealtad: el comunismo no ha tenido arte ni parte en la génesis de esos dos factores que le sirven de caldo de cultivo en nuestros pueblos. Pero, al mismo tiempo, hay que sacar la conclusión obvia de que el comunismo retrocediera en la medida en que crezcan los valores religiosos y disminuya la miseria. Si lo olvidamos, demos por descontado que el comunismo seguirá avanzando entre nosotros.

¿Cuál es la problemática social de los países subdesarrollados?. La bibliografía es copiosa (1). Conviene adelantar que los problemas son hondos y complejos, sin que exista, por desgracia, una panacea que los cure de la noche a la mañana.

Examen de algunos datos I Población

En los tres últimos siglos la población mundial se ha quintuplicado: ha pasado de 600 millones de habitantes en 1650 a alrededor de 3.000 millones en la actualidad. De 1950 a 1957 el incremento de la población ha sido el siguiente:

(1) Informe sobre la situación social en el mundo, O.N.U., 1959.
Métodos y problemas de la industrialización de los países subdesarrollados, O. N. U.
Georges Balandier, *Le tiers-Monde*.
La situación mundial de la alimentación y de la agricultura, F. A. O., 1959.
Josué de Castro, *Geopolítica del hambre*.
Tibor Mende, *La Revolte de l'Asie*.
I. L. Leuret, *El drama del siglo*.

Europa	21 millones
Asia	180 millones
Africa	26 millones
América	51 millones
URSS	11 millones

Ojalá se debiera el incremento de la población en Asia, Africa y la América Latina a un mejoramiento en la alimentación; lamentablemente no es así: las vacunas, los antibióticos, la lucha victoriosa contra las epidemias y las enfermedades infecciosas integran los factores decisivos en la disminución de la mortalidad infantil y adulta. Como es sabido, América Latina es el área de mayor incremento demográfico, mientras que la producción de alimentos por habitante, según nos informa la CEPAL no supera la de 1934.

Expertos de las Naciones Unidas calculan la población de los países subdesarrollados actualmente en algo menos de 2.000 millones de habitantes, y para fin de siglo serán unos 4.000 millones. Habrá, por tanto, que encontrar alojamiento, vestido e instrucción a más de 2.000 millones de personas adicionales. Haría falta ser ciego para no reparar en la magnitud del desafío que ese crecimiento implica, si reparamos en que la actual situación en esos países es ya lamentable.

El P. Leuret clausura su estudio sobre la población con esta seria advertencia: "De modo que la humanidad se encuentra colocada ante el más temible problema económico, y por consiguiente social, político y ético, que haya tenido que resolver jamás. Por otra parte, lo más sorprendente no es la existencia de este problema, sino la indiferencia o la ignorancia con que se lo considera, tanto entre los responsables de la política mundial y de las políticas adicionales, cuanto entre la opinión común".

El Papa Juan XXIII toca en su última Encíclica el tema de la población en las áreas subdesarrolladas; rechaza una vez más la solución cómoda del neomaltusianismo como degradante a la dignidad humana; sugiere la vía del desarrollo económico y social, que promuevan los verdaderos valores humanos, individuales y sociales, dentro del marco de una colaboración en escala mundial.

II — Duración de la vida

El descenso de la mortalidad infantil estos últimos decenios entraña una de las razones claves del incremento de la población. El siguiente cuadro expone el número de defunciones en el primer año de la vida, por cada mil niños nacidos vivos:

	1936	1948	1957
Suecia	43	23	17
Inglaterra	62	36	24
Estados Unidos	57	32	26
Bélgica	86	59	35
Alemania Occidental		58	36
Francia	67	56	34

En Asia y la América Latina los porcentajes son mucho más altos:

Cuba, México, Paraguay alrededor de 125
Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador
Nicaragua, Santo Domingo, Guatemala, Salvador alrededor de 150
India, Pakistán alrededor de 200
Birmania alrededor de 225
Venezuela en 1960, dato del Dr. Gabaldón.. 78

África presenta el cuadro más sombrío: mueren de 200 á 300 niños por mil en la mayor parte de los países; en épocas de epidemia llega la proporción al 500 por mil de los niños nacidos vivos.

La esperanza de vida o vida media en los diversos países oscila entre márgenes muy amplios. Se acerca a los 70 años en Australia, Inglaterra, Noruega y los Estados Unidos; en cambio en la India la vida media es de 32 años. En Brasil y México la vida media oscila alrededor de los 40 años.

Los autores del Atlas geográfico alimenticio llegan a estas conclusiones orientadoras para todos: "Los hombres mal nutridos mueren antes que los otros. Y tienen a partir de su nacimiento, una esperanza de vida mucho más corta... El factor racial no debe ser tenido en cuenta, puesto que los pueblos mediterráneos, la América Central, y los países de la Europa oriental, habitados como se sabe por raza blanca, revelan índices de mortalidad diferentes de la Europa occidental, Australia, América del Norte, y de la misma Argentina. Existe una semejanza impresionante entre el mapa de los niveles alimenticios y de la mortalidad total: los países que gozan de niveles alimenticios más elevados de América del Norte, Europa Occidental, Australia, son también los que presentan los índices de natalidad más bajos y las esperanzas de vida a partir del nacimiento más fuertes".

O puesto en fórmula más breve: la esperanza de vida a partir del nacimiento está en relación directa con el nivel económico

III—Enfermedad y subdesarrollo

Un grupo de médicos venezolanos egregios ha realizado una labor asombrosa en la lucha contra la malaria, el paludismo, la fiebre amarilla, amortiguado una de las mayores rémoras al desarrollo de los países atrasados.

Existen enfermedades de carencia: beri-beri, pelagra, escorbuto, raquitismo, anemia; no afectan a Venezuela en la proporción que a otros países, aunque todavía el raquitismo y la anemia minan los organismos de miles de nuestros niños.

Las enfermedades cuarentenarias son muy contagiosas y generadoras de epidemias. La más conocida de todas es la peste, que algunos años ha segado la vida de un millón de personas en la India. El cólera, la fiebre amarilla, la viruela y el tífus exantemático son todavía endémicos en algunas regiones.

Entre las enfermedades debilitantes hemos superado el flagelo del paludismo; nos falta por derrotar a la tuberculosis, la sífilis, la bilharzia y otras enfermedades parasitarias.

La lucha contra las enfermedades es netamente inadecuada en la mayor parte de los países subdesarrollados; baste citar que en Indonesia hay un médico para 71 mil habitantes, en Vietnam uno para 61 mil; mientras que en los Estados Unidos hay un médico para 760 habitantes y en la URSS uno cada 600.

La atención médica y la lucha contra las enfermedades es una necesidad ineludible para contar con trabajadores de alto rendimiento, e incluso en la lucha por culturizar al pueblo: en Filipinas descubrieron hace pocos años que el 50 por ciento del ausentismo escolar en las escuelas entre los niños pequeños era causado por la malaria. 500 mil hectáreas de terreno fértil fueron abandonadas por agricultores que huían del paludismo en el norte de la India. En cambio nosotros estamos capacitados para arrebatar a la selva millares de hectáreas, infectadas hasta hace poco por la malaria, el paludismo y la fiebre amarilla.

IV—Hambre y subdesarrollo

El hambre es el más evidente e impresionante de los flagelos sociales. Para el hombre de los países templados se admite que necesita un mínimo de 2700 calorías diarias. Los obreros manuales requieren un número bastante mayor.

Hace 25 años se calculaba en un 39 por ciento de la población mundial el sector de los que no consumían arriba de 2200 calorías: quinientas menos del mínimo requerido. Estos últimos años se calcula en casi el 60 por ciento de la población mundial el sector de los que padecen ese déficit de 500 calorías diarias. La mayor parte de la población de Asia, y una buena parte de la de África y la América Latina se encuentra en esa triste situación. La India ocupa el nivel más bajo en la escala —1700 calorías diarias por habitante, y Nueva Zelanda el más alto, con 3250. La diferencia en el consumo de proteínas, tan necesarias al organismo humano, es a su vez dramática: va del 5 por ciento en el ex Congo Belga, al 60 por ciento en los Estados Unidos. La escasez de proteínas disminuye la capacidad de resistencia ante las enfermedades infecciosas.

A la insuficiencia en caloría y proteínas hay que añadir la escasez de calcio, causa del raquitismo; la de iodo, que predispone al bocio, y la escasez de vitaminas que acarrea una serie de trastornos.

Obstáculos al desarrollo económico-social

Una de las paradojas del mundo moderno, que tanto contribuye a su equilibrio inestable, estriba en que los pueblos ricos son cada vez más ricos, y los pobres cada vez más pobres.

Examinemos primero el aspecto agrícola. Los pueblos subdesarrollados, si han de salir de su miseria, tienen que pasar al cultivo intensivo, a la mecanización, al uso técnico de los suelos, al empleo masivo de fertilizantes, a las modernas técnicas agrícolas. El problema salta a la vista: ¿dónde van a encontrar las áreas subdesarrolladas capitales y técnicos para esta tarea gigantesca. Por poner un ejemplo, tomemos el aspecto de la mecanización: en los Estados Unidos camina un tractor cada 50 hectáreas cultivadas, en el Extremo Oriente a cada tractor le corresponden 8500 hectáreas. El aumento de productividad del suelo tropieza con multitud de obstáculos analizados por los especialistas de la FAO: erosión, cultivo irrazonable, inundaciones, plagas, sequías, usura, incultura de los campesinos apegados a modos de explotación archisuperados.

El avance industrial de las áreas económicamente pobres queda también frenado por cantidad de limitaciones: insuficiencia de los medios de transporte, que obstaculiza la erección de fábricas, fuera de algunos centros privilegiados; la escasez de energía, cuya producción exige de ordinario inversiones considerables; la incapacidad para la utilización de subproductos frena la instalación de las industrias básicas; la escasez de centros que entrenen mano de obra especializada, sin la cual la industria moderna no funciona; la dificultad de provisión de materias primas, piezas de repuesto, la saturación del mercado internacional por los países que se adelantaron en el proceso de industrialización. Sería extremadamente fácil aducir una serie de ejemplos concretos: En los Estados Unidos, después de la última guerra, la producción de electricidad—clave de la moderna industrialización— ha crecido a ritmo vertiginoso, mientras que en la totalidad del mundo económicamente pobre la producción de energía eléctrica ha crecido a paso de tortuga. ¿Con qué se van a industrializar Indonesia y Bolivia si el 80 por ciento de la población es analfabeta en la segunda, y el 92 por ciento en la primera?

En busca de una solución

Cada vez resuenan más alarmantes y frecuentes las voces que reclaman una solución a la compleja problemática de los países económicamente atrasados. El mundo subdesarrollado se asemeja al que cayó en un pozo del que sólo una mano amiga puede sacarle; la mano amiga, en nuestro caso, ha de ser la cooperación internacional. Un economista chileno, el doctor Previch, ha enroquecido de proclamarlo tanto ante sus compatriotas y latinoamericanos, como ante financieros de los Estados Unidos. Para fortuna nuestra, el Presidente Kennedy sintoniza con la teoría de la necesidad de esta ayuda, llegando incluso a urgir a los países europeos a esta magna tarea. Kennedy condiciona la Alianza para el Progreso a estas dos condiciones: elaboración

de planes concretos orientados a mejorar la situación de los grupos indigentes, y estructuración de reformas nacionales, mediante una justa distribución de la tierra y modernización de la legislación fiscal. Sería irracional pedir al contribuyente norteamericano, estrujado por los impuestos, que ayude a incrementar las riquezas de un puñado de latinoamericanos que viven con mayor opulencia que los ricos del país norteamericano.

El Papa Juan XXIII encabeza una de las secciones de su reciente Encíclica "Exigencias de justicia en las relaciones entre naciones en grado diverso de desarrollo", llegando a calificar esta cuestión como "el problema tal vez mayor de la época presente".

Poco más adelante lanza esta seria admonición "La solidaridad que une a todos los seres humanos y los hace como miembros de una sola familia, impone a las comunidades políticas que disponen de medios de subsistencia con exuberancia, el deber de no permanecer indiferentes frente a las comunidades políticas cuyos miembros luchan contra las dificultades de la indigencia, de la miseria y del hambre, y no gozan de los derechos elementales de la persona humana. Tanto más que, dada la interdependencia cada vez mayor entre los pueblos, no es posible que reine entre ellos una paz duradera y fecunda, si el desnivel de sus condiciones económicas es excesivo".

Concretando cada vez más habla el Papa de una "ayuda de emergencia", que reparta entre las naciones pobres el exceso de producción, sobre todo agrícola, de las naciones desarrolladas. Esta ayuda de emergencia no basta. Poco más adelante añade: "Las ayudas de emergencia, aunque respondan a un deber de humanidad y de justicia, no bastan para eliminar y ni siquiera para aminorar las causas que en un considerable número de comunidades políticas determinan un estado permanente de indigencia, de miseria o de hambre. Las causas se encuentran, principalmente, en lo primitivo o atrasado de sus sistemas económicos. Por lo cual no se pueden eliminar o reducir sino a través de una colaboración multiforme, encaminada a que sus ciudadanos adquieran aptitud, formación profesional, competencia científica y técnica; y a poner a su disposición los capitales indispensables para iniciar y acelerar el desarrollo económico con criterio y métodos modernos".

Sabiamente previene el Santo Padre contra los errores del pasado. Hay que respetar las características de cada comunidad, ha de ser obra desinteresada, pues "la tentación mayor que puede hacer presa en las comunidades políticas económicamente desarrolladas es la de aprovecharse de su cooperación técnico-financiera para influir en la situación política de las comunidades en fase de desarrollo económico a fin de llevar a efecto planes de predominio mundial".

J. SANCHEZ MUNIAIN, S. J.